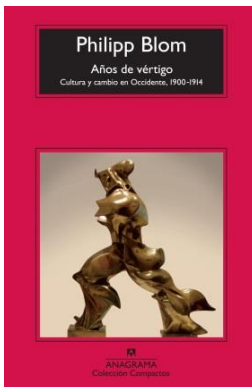


Historicidad del psicoanálisis

Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914, Philipp Blom, Ed. Anagrama, Barcelona, 2010.

Años de vértigo no es un libro de historia del psicoanálisis. Es un libro de historia que habla, entre otras muchas cosas, del psicoanálisis como producto histórico-cultural de una época con la cual posee relaciones inteligibles en tanto producto, a la vez que como discurso moldeador y caracterizador de la misma.



Al contrario de lo que muchas personas creen, los quince años que precedieron a la Primera Guerra Mundial no fueron precisamente de estabilidad y confianza para los europeos. En esta notable investigación y ensayo, Philipp Blom nos introduce en las diferentes facetas de este particular periodo histórico, momento bisagra que nos interesa en general y también en particular porque, de más está decirlo, fueron los años de la aparición y consolidación

del psicoanálisis.

Para algunos de los que hemos hecho el recorrido de la llamada “formación” en psicoanálisis suele ser estimulante leer este tipo de trabajos, ya que en cierto modo hemos padecido una fuerte tradición del movimiento psicoanalítico que va en dirección contraria. Recibimos en aquel entonces una forma de leer a Freud (y a otros autores) casi totalmente desgajada de las condiciones y circunstancias históricas y socioculturales de las que él mismo fue producto. Esta singular relación al saber nos dibuja a Sigmund Freud como un héroe solitario que elucubraba él solo toda suerte de geniales verdades *urbi et orbi*, cosa que sus pobres tontos contemporáneos no veían o no querían reconocer. Es el Freud a-histórico, genio eterno, faraón intelectual momificado en sus Obras Completas; el Freud que escribía cosas que estaban tan adelantadas a su época que nada tenían que ver con ella ni nada le debían; el Freud amputado de las condiciones de posibilidad histórica de su producción discursiva. De esta manera, todo cuanto ha escrito Freud resulta a la vez y para siempre original y verdadero. En fin, la construcción de una narrativa que resulta funcional a la figura del Héroe, útil para poder rendirle culto y, a la vez, para legitimar el poder de los que dirigían las instituciones en las que se organizaban los psicoanalistas.

En las antípodas de tal abordaje, Blom nos habla de Freud como de un fenómeno más entre otros fenómenos ejemplares de esa época, como producto reconocible en sus puntos comunes con una más vasta serie de fenómenos culturales. Nos habla de un mundo de cambios en ciernes, de un antiguo orden que se derrumba y de otro nuevo que aún no termina de nacer pero que hace sus primeros anuncios inquietantes. Blom propone como símbolos de tal crisis a las máquinas, a la velocidad, a la figura de la nueva mujer y al sexo.

Comienza tomando como gran símbolo de esta encrucijada la Exposición Universal celebrada en París en el 1900. En el corazón de la ciudad, enormes pabellones de todos los países importantes, así como también de las colonias, diseñados con arquitectura

historicista, exhibieron en su interior el inquietante símbolo de la mutación de los tiempos: las enormes máquinas, las nuevas dínamos de cinco mil caballos de fuerza.

En la cima del monumental portal de ingreso a la Exposición reinaba *La Parisienne*, la escultura monstruosa y extrañamente profética de una mujer que, a contrapelo de la estética historicista predominante, representaba el tiempo que estaba adviniendo, la nueva mujer que irrumpía e inquietaba, enorme, fuerte y segura de sí misma, dando la bienvenida a los visitantes.

“Era demasiado real, demasiado poderosa e inquietante. Tenía, y en muy gran medida, la forma de las cosas que se avecinaban”, escribe Blom.

Fueron los años en que se hicieron evidentes el declive de la aristocracia europea y la decadencia del Imperio de los Habsburgo. La cultura de la fachada y la tradición de encubrir lo obvio, la apariencia de inamovilidad y la doble moral, eran la tónica. La ficción de la unidad del Imperio no era ya sostenible. La duplicidad convertida en institución. Todo el mundo podía divertirse si se mantenía la ficción de la grandeza imperial y de la moral pública. Fachada y estructura, vida pública y privada. Blom ubica el discurso de Freud en este contexto particular, a saber, en el de la crítica de lo aparente y lo oculto, en el de la pretendida estabilidad imperial contra su propia erosión implosiva, en el del culto a la fachada moral contra la sexualidad censurada, en la desconfianza en el lenguaje y en qué se dice o no cuando se habla, retomando algo que en su momento fue señalado por Lacan: la influencia de las formas de la lectura del Talmud. La crítica freudiana de las fachadas social y personal fue subversiva en extremo.

Existen paralelismos entre la obra de Freud y la de otros filósofos y artistas vieneses contemporáneos. Junto a Freud aparece Wittgenstein y su escepticismo extremo con respecto al lenguaje, así como también la obra de Gustav Klimt, genio escandaloso de su época; las novelas de Robert Musil y de Arthur Schnitzler; la música de Gustav Mahler y de Debussy, y la arquitectura de Adolf Loos. *“Ninguna forma artística es más pública que la arquitectura”*, escribe Blom, *“y ninguna más política: podemos elegir no leer un libro o no entrar en una galería, pero es mucho más difícil no ver ciertos edificios o partes de una ciudad.”*

El discurso de Freud se ubica dentro de un vasto movimiento histórico cultural, filosófico, de crítica política y artística, un impulso renovador que ya no aceptaba los mandatos de la doble moral, no aceptaba ya no hablar públicamente de la decadencia política del Imperio ni del lado oscuro de la vida privada e íntima de los ciudadanos.

Blom postula a la velocidad como gran símbolo de los cambios culturales de la época, pero no por ello da menos importancia a los efectos sociales y culturales producto de los cambios en las relaciones entre los hombres y las mujeres, junto con la intensa angustia que suscitaban. Estos podrían igualmente ser tomados como símbolo de la época.

Por primera vez en la historia las mujeres comenzaban a estudiar, a trabajar y a ganar su propio dinero, a la vez que comenzaban a crecer los intensamente reivindicativos movimientos feministas sufragistas. Hay un capítulo entero dedicado a los movimientos feministas, “Mujeres de armas tomar”, donde Blom repasa la extensión y características

de estos movimientos, poniendo en claro que dichas reivindicaciones combativas pro-igualdad de género iban mucho más allá del mero derecho al voto.

La Era industrial, con sus cada vez más poderosas máquinas, había desvalorizado y vuelto casi inútiles la fuerza física masculina y las virtudes marciales. Pero los hombres reaccionaron con un restablecimiento agresivo de los viejos valores: masculinidad, poder, fuerza física, honor, disciplina, exaltación de los uniformes militares, culto de las armas, duelos y profusos bigotes que podemos apreciar en las fotografías de época. Blom señala que Freud viajó a París a estudiar y fue testigo de la proliferación y el espectáculo de las enfermedades nerviosas, la histeria y la neurastenia y un número cada vez mayor de hombres que se sentían debilitados. No dejó de hacer notar el nexo entre los oficiales militares y la exageración de la masculinidad, en un momento histórico en que aparecía en la escena pública una figura inédita de la mujer y en que los seculares atributos de la virilidad comenzaban a depreciarse.

Los casos de Oscar Wilde en Inglaterra y de Alfred Dreyfus en Francia fueron emblemáticos de la época: cárcel y ostracismo del escritor homosexual escandaloso por enfrentarse al marqués de Queensberry, oficial del ejército y fanático del boxeo; juicio público al capitán judío, con un trasfondo tanto antisemita como sexual.

A medida que una maquinaria bien engrasada fue suplantando al poder de los músculos, haciendo que la fuerza masculina perdiera valor en el lugar del trabajo, y cuando el papel cambiante de la mujer planteó cuestiones fundamentales acerca de la relación entre los sexos, los hombres se sintieron menos seguros de sí mismos, de lo que se suponía que eran y del espacio que en una sociedad industrializada seguirían teniendo las virtudes masculinas tradicionales: el valor, el honor, la fuerza.

La homosexualidad era un fantasma inquietante en esta época de erosión del milenario encumbramiento de identidad masculina. *“Seguía siendo un delito en todos los países europeos, y una acusación, aunque fuera anónima, podía conducir al ostracismo social y a prolongadas penas de prisión.”*

“El culto de la fuerza y la masculinidad, un rasgo tan predominante de la cultura anterior a 1914, se celebra en todas partes a la sombra de Nietzsche.”

Eugen Sandow fue un británico musculoso que se hizo enormemente popular como modelo de hombre perfecto, una especie de prototipo virtuoso de Charles Atlas que ofrecía un programa de fortalecimiento físico para los debilitados y agotados hombres europeos de entonces. George V y Arthur Connan Doyle fueron sus amigos. En 1901 concurren quince mil personas a las finales del primer concurso oficial de belleza para hombres musculosos en el Albert Hall de Londres.

El musculoso Sandow, el emperador Guillermo, los nuevos barcos acorazados de ingleses y alemanes, los duelos, el fisiculturismo, los uniformes y los desfiles militares imponentes, tuvieron su lugar en el culto de la fuerza viril.

En parte al menos, fueron una reacción a la cada vez más extendida incertidumbre acerca de las virtudes masculinas y la masculinidad en sí. La

nueva época parecía exigir nuevos modelos, nuevas identidades, y es verdad que los hombres parecían abrumados por tantas exigencias.

Esta fue, sin duda, afirma Blom, una de las razones de la ola de neurastenia masculina que nutrió los servicios de los sanatorios de toda Europa en aquella época. Una nueva figura de la mujer se alzaba con vigor, un gran desorden se anunciaba.

La cultura masculina reaccionó a esa amenaza a su supremacía glorificando la masculinidad en su forma más tradicional, desde el amor que el káiser profesaba a los uniformes y el fetichismo del Zar por el detalle de la vestimenta militar...

Nunca se habían visto tantos uniformes y bigotes en las calles de Berlín, París y San Petersburgo; nunca se habían devorado en casa tantas exhibiciones abiertamente misóginas de grandeza masculina.

Pero ninguna de estas ampulosas exhibiciones pudo ocultar el hecho de que el juego se había terminado. Algo nuevo vendría a sustituirlo, *“una nueva forma de vida, quizá, una nueva visión del mundo.”*

La modernidad desmantela la vida social tradicional, subvierte todos los valores y establece nuevos puntos de tensión. Todo lo que parece sólido, eterno, se desvanece en el aire. El pasado y la tradición ya no legitiman casi nada; el mundo moderno encumbra el cambio y la novedad, el consumo y la máquina, la ciudad, el futuro y la igualdad de los géneros. Tradición versus modernidad.

Pero, a su vez, en la propia modernidad se instaura una nueva tensión interna que implica por un lado la sumisión al Estado disciplinario y al mandato del cumplimiento del deber como premisa social (versión laica y republicana del mandato moral tradicional) y, por otro, la aparición del individuo soberano, figura por demás inquietante, tal vez no tanto por su condición de inédita en la historia de la humanidad, que lo es, sino por su poder de subversión del orden tradicional. Finalmente, un siglo después, en nuestra época hipermoderna, asistimos a la solución de dicha tensión interna de la modernidad occidental, asistimos al crepúsculo del deber y al triunfo del individuo soberano (Véase Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber*).

La inquietante figura de la nueva mujer que trajo la modernidad occidental no solo ingresó al mercado de trabajo. De hecho, las mujeres ya trabajaban en las fábricas, por salarios inferiores a los de los hombres, además de hacerse cargo de las pesadas tareas domésticas y de la crianza de una prole generalmente numerosa.

La nueva mujer pretendía ocupar cargos de responsabilidad bien remunerados, quería estudiar y comenzaba a hacerlo, incluso en la universidad, quería votar, tenía opiniones propias, tanto políticas como de cualquier otro tema, se ocupaba de asuntos intelectuales y artísticos, quería decidir cuántos hijos tener, o bien no tenerlos, en fin, quería la verdadera igualdad de derechos.

Fue muy sonado el movimiento sufragista inglés, el cual comenzó con protestas, manifestaciones y mítines pacíficos y terminó en una escalada de violencia, atentados, represión policial, cárcel, huelgas de hambre y mártires de la causa. Pero en los países

Europeos los movimientos feministas tuvieron diferente intensidad y estilo, y muchos no se parecieron al movimiento inglés.

En Francia estaban menos organizadas, pero surgieron figuras escandalosas como Madelaine Pelletier, psiquiatra de formación, quien fue la primera médica en trabajar en un asilo estatal para enfermos mentales.

Pelletier llevaba el pelo corto, vestía trajes de hombre y usaba sombrero hongo; en una palabra, era la viva imagen del desafío de la mujer a las convenciones masculinas.

Hizo una campaña a favor del aborto libre y de cambios radicales en la educación de las niñas.

Las sufragistas feministas alemanas eran más apacibles en tal sentido, pero querían cambios bastante más profundos. Blom destaca la brillante figura de la escritora Rosa Mayreder, quien en 1905 publicó *Crítica de la femineidad*, donde hizo un agudo e inédito análisis de los géneros en la modernidad, considerando que los hombres era tan víctimas como las mujeres de ese sistema de valores, sobre todo porque el sistema les exigía a aquellos que se apegaran y vivieran de acuerdo con unos valores que ya estaban perimidos y no reflejaba la nueva realidad social que la modernidad industrial y urbana traía consigo. La modernidad inevitablemente “feminizaba” a los hombres, y “masculinizaba” a las mujeres, es decir los igualaba, reordenaba profundamente la relación entre los sexos. No había marcha atrás. Las nuevas máquinas podían ser manejadas hasta por un niño (o por una niña).

Como fue señalado por Teresa De Lauretis en su *Tecnologías del género*, el sistema sexo-género, concebido como construcción socio-cultural y aparato semiótico, está siempre íntimamente interconectado con factores políticos y económicos de cada sociedad.

En lugar de hacer propio este tipo de análisis a propósito de lo que estaba sucediendo en la Europa de su tiempo, Freud, al fin y al cabo también hijo de su tiempo, se refirió a las sufragistas diagnosticando que eran pura envidia del pene, comenta Blom. Como ya fue dicho, no conviene separar las “teorías” de sus contextos discursivos de producción. Es posible considerar también ideas tales como la amenaza de castración (la gran obsesión de los hombres de esa época: la pérdida de la masculinidad) y la represión de las pulsiones sexuales en el juego de la doble moral vienesa, no como verdades antropológicas universales sino como espejos algo deformados de las principales tensiones sociales de un momento histórico particular. Esta es precisamente la lectura que propone Philipp Blom, y por tal motivo Sigmund Freud es el segundo nombre más citado en el libro, con veintiséis apariciones en el índice analítico, más que Nietzsche, quien figura con veintitrés, y solo con menos apariciones que el káiser alemán.

Breve digresión: aquellas tensiones generadas por el reordenamiento de las identidades de género, producto de la modernidad occidental, siguen mostrando sus efectos sintomáticos trágicos hasta el día de hoy. La violencia de género y el llamado feminicidio pueden entenderse como puntos duros de resistencia a dicho reordenamiento que iguala y desdibuja las diferencias, que socava el pretendido poder

masculino. Para muchos hombres la identidad de género se cimenta aún sobre el poder, la fuerza muscular, el dominio psicológico, la posesión y la violencia, y exigen de las mujeres algo que ellas rara vez se prestan a aceptar: sumisión, modestia, recato, dependencia, obediencia, reclusión al ámbito doméstico, ser una propiedad de uso exclusivo de su pareja y nunca tomar decisiones por sí sola. El punto detonante es cuando la mujer decide separarse de un hombre cuya subjetividad está moldeada fuertemente con los viejos valores y usos de la identidad de género masculino. El hombre puede llegar a sentirse tan devastado en su desesperación que el asesinato e inmediato suicidio es el último gesto de reafirmación de la rémora histórica de los antiguos valores.

Nunca antes habían cambiado tantas cosas de modo tan abrupto y con tanta intensidad. Fue una transformación vertiginosa y omnipresente que afectó la vida de todas las personas, hombres y mujeres, feministas o conservadores.

Esta revolución oculta se había producido a una velocidad asombrosa, acelerando el éxodo a las ciudades y la consolidación de las nuevas realidades sociales que habían surgido a mediados del siglo XIX, y se habían convertido en una fuerza totalmente nueva hacia finales de la década de 1890 y principios de 1900. En menos de una generación quedó invalidada la mayor parte de las verdades recibidas acerca del orden social y del papel de los sexos.

Pero, como sabemos, hubo un fuerte contragolpe. Se formaron muchas asociaciones antifeministas, algunas apoyadas por mujeres. La emancipación de la mujer era asociada a otros males del nuevo orden. En tal contexto fue que apareció el libro *La inferioridad mental de la mujer*, del psiquiatra Paul Julius Möbius, obra que conoció varias ediciones antes de la primera guerra mundial. Se basaba en las mediciones de los cerebros.

También apareció el tristemente célebre libro de Otto Weininger, *Sexo y carácter*, una diatriba rebosante de odio que alcanzó un alto nivel de ventas. Este joven judío antisemita y misógino le había llevado el manuscrito a Freud, quien lo leyó y le aconsejó nunca publicarlo. Según Weininger, las mujeres y los judíos eran los principales enemigos de la individualidad y de la masculinidad. “*El judío real y la mujer real viven solo como parte de su especie, no como individuos.*”

Las mujeres conspiraban con los judíos para trastornar el tradicional orden de los sexos, para crear un tercer sexo extraño y amenazador, ni hombre ni mujer sino una criatura inhumana, hija de la ciudad moderna.

Weininger, que era judío, se suicidó pegándose un tiro a los veintitrés años.

Tal como lo analizó sagazmente Rosa Mayreder, los viejos valores no reflejaban ya la realidad, a pesar de lo cual en casi todos los países europeos la élite dirigente continuaba aferrada al ideal marcial y caballeresco de la masculinidad, una rémora preindustrial. Todo lo atestiguaba. La pintura comenzó a reflejarlo en los cuadros de Giorgio de Chirico, de André Derain, de Kokoschka, de Picasso, de Marcel Duchamp y de Georges Braque. De este último Blom analiza especialmente el conocido cuadro *Hombre con violín*.

En la época en que aparecieron las grandes tiendas y las marcas, el gramófono y el cine como fenómeno de consumo de masas, la literatura se transformó profundamente. De modo ejemplar y entre muchos, *El hombre sin atributos*, de Robert Musil y *Muerte en Venecia* de Thomas Mann, y el cambio radical entre la realidad y la literatura que anunció Virginia Woolf años más tarde pero cuyo comienzo fechó en 1910.

La época de los pioneros de la aviación, del taylorismo y del fordismo, fue la era del culto a la máquina y a la velocidad, lo que no estuvo exento de connotaciones sexuales. En el imaginario colectivo se estableció un nexo entre velocidad y exceso sexual, el cual fue reforzado por Alfred Jarry en su novela *El Supermacho*, de 1902. “*La técnica y la velocidad crearon una nueva clase de superhombre artificialmente mejorado, el precursor de los héroes biónicos de nuestros días.*” Se hablaba de la “*fiebre de la velocidad*”, y las carreras se convirtieron en pasión de las masas. La velocidad era y es el ideal y el modo cotidiano real de la vida ciudadana en la modernidad.

Al mismo tiempo, una enfermedad de proporciones epidémicas atacó a los que vivían en el carril rápido. Desde obreros fabriles a jefes de Estado, desde telefonistas a profesores universitarios, la gente se quejaba de tener los *nervios* destrozados; abrumados y desorientados, cientos de miles de enfermos se trataban en hospitales psiquiátricos y sanatorios que proliferaban como hongos.

Como es sabido, se trataba de la llamada neurastenia, el agotamiento nervioso, enfermedad descrita por el médico norteamericano George Miller Beard en 1869 y que tuvo gran aceptación en Europa. Paradójicamente, había en los médicos patriotas cierto orgullo ante este estado de cosas, ya que el agotamiento nervioso era la enfermedad de la civilización, la marca patológica de la época gloriosa. En 1901 un escritor americano propuso cambiarle el nombre por “*newyorquitis*”. Pero hay que subrayar también un detalle muy importante: el 68% de los neurasténicos eran hombres, signo de la desmasculinización en la era moderna. “*La neurastenia fue una enfermedad que arrojó luz sobre las constelaciones emocionales de la época.*”

Otro aspecto interesante del libro de Blom es que dedica un capítulo a la locura, pero no a la locura en general sino a dos casos muy conocidos, el de Ernst Wagner y el de Daniel Schreber. Presenta los casos en sus líneas generales y los resume resaltando algunos detalles para dar pie a la reflexión que introduce, es decir leerlos también como productos históricos, productos de época:

La demencia ofrece un espejo deformante de la época. Los elementos individuales se ven borrosos, grotescos y desproporcionados, y otros aspectos parecen difuminarse por completo.

En el caso del maestro Wagner:

La angustia sexual y una intensa sensación de odio a sí mismo, aparecían disfrazados con todos los trajes que el tiempo podía ofrecer: la eliminación genésica de los débiles y enfermos; el culto pseudonietzscheano del poder; una concepción sexual del universo científico (la electricidad con sus polos positivo y negativo, masculino y femenino); el diagnóstico de neurastenia y degeneración (los dos

leitmotiv de los años anteriores a la primera guerra mundial, como efectos de un deseo carnal descontrolado e incontrolable).

“*Soy sodomita*” confiesa Wagner, aunque no está claro que se refiera a una práctica. Asesino de su propia familia y de varios hombres de un poblado rural del sur de Alemania, sus cartas y autobiografía revelan una locura que refleja las principales ansiedades de su tiempo. Hijo de la época “*en el peor y más triste de los sentidos*”, precisa Blom, quien cita a Wagner:

De todas las creaciones del hombre, el hombre mismo es la peor. Si no me detuviera mi propio y lastimoso pergeño, os diría lo mucho que me repugnan estos seres feos, raquíuticos, enfermizos. ¿De dónde viene toda esta miseria? Creo que nadie puede decíroslo mejor que yo. Viene de la sexualidad contra natura. La generación de hoy sufre de sexo.

En el más conocido caso de Schreber, el tema central de su discurso delirante partía de la idea de que debía de ser hermoso ser una mujer en el momento del coito, y de que, en el nuevo comienzo del mundo, él estaba destinado a ser una mujer a la que Dios dejaría embarazada y que daría a luz a una nueva humanidad. Preparándose para el acontecimiento, el proceso de emasculación ya había comenzado por medio de rayos de energía nerviosa divina.

Blom finaliza estableciendo algunos puntos en común que tienen ambos casos, a la luz de su mirada histórica, sin ingresar al pantanoso tema de las *causas* de la locura. Se limita a señalar que en ambos laten, como una faceta más, si bien deformadas, algunas de las principales ansiedades y obsesiones de su época, tal como en las múltiples faces de la cultura que trae a colación en su obra, incluido allí el discurso de Freud en un cierto lugar de destaque.

La época de las enfermedades nerviosas y la aparición del psicoanálisis es la de las máquinas y la velocidad, la euforia, la angustia y el vértigo, el crecimiento de las ciudades, la producción en serie, el consumo, los periódicos de masas, el cine, la física cuántica, la teoría de la relatividad, la radiactividad, el arte abstracto, la emancipación de la mujer, el derrumbe de los viejos valores de la virilidad, y el sexo. Fueron quince años de una creatividad extraordinaria, una prodigiosa mutación de los tiempos, según la elegante expresión de Félix Luna.

Ya sea en acuerdo o en disenso con las tesis que sostiene en este libro Philipp Blom, puede decirse que es una obra que abunda en información histórica sobre aspectos muy variados de la sociedad, que introduce una perspectiva diferente, sugerente y removedora, importante para la crítica y la producción del psicoanálisis.

Diego Nin